Trilogia Enervante

Elevero Gonzales

Capítulo 1

Tomy

1990

El Sr. y la Sra. Willcox, son dos ancianos que viven en un pequeño departamento en los suburbios de la ciudad de Cincinnati, Ohio.

Sus correspondientes historias previas a este relato son relevantes, pero no las revelare para proteger sus identidades pero sobre todo, para protegerme a mí mismo. Lo que si estoy en condiciones de revelar es que moraban en ese departamento del tercer piso — uno más de un edificio viejo y cochambroso— desde hacía cinco años. Antes de eso, vivían en una coqueta casita de Cleveland y las razones que justificaron el traslado de la pareja a este modesto departamento, deben también, permanecer en secreto.

Confió en que, vuestra imaginación llene esas módicas y necesarias lagunas. De eso se trata. Recomiendo además, prestar atención a los sucesos que narrare e identificar los componentes más pertinentes. Tratare de ayudaros en eso.

El Sr. y la Sra. Willcox, estaban esa noche —como todas desde hacía cuatro años— frente a un viejo televisor que emitía un programa de tele-ventas. No hablaban. No se movían. Parecían muertos. Pero no lo estaban. Estaban.

Había caído la noche hacia un buen rato y el departamento, estaba en la más absoluta oscuridad. Solo el resplandor cambiante de la televisión iluminaba un entorno limitado, parpadeando, cambiando de oscuridad a resplandor, en constante movimiento y en silencio. La bocina del viejo televisor se había roto hacia mucho, pero el aparato seguía emitiendo su programación monótona, incesante, insistente, rocambolesca sin resignarse a fenecer.

Desde lejos una sirena policial ululo un delito en ciernes y un gato miro a la pareja desde la ventana del balcón exento de macetas, plantas, afeites, poblado de hojas secas de tiempo y mugre. Hacía calor, pero a lo

lejos se formaba una tormenta. Tal vez por la mañana llovería.

Apagados, llegaron sonidos de la cotidiana discusión marital de los vecinos. Si, los del tercero “B”. El departamento de los Willcox, era el "A" del tercer piso. Tercero “A”.

La puerta de ingreso del tercero “A” se abrió con un chirrido bajo, disimulado, tentativo y un joven hizo su ingreso cauteloso. Luego, hizo señas a un segundo que esperaba en el pasillo de ingreso. Llevaban sendos bolsos. Parecían pesados. Esto último parecía revelar que el motivo de la intrusión no era el robo. Nadie llevaría un bolso lleno si piensa robar.

Los intrusos se adentraron por un corto recibidor y el que venía detrás, pareció dudar al ver al Sr. y a la Sra Willcox, sentados en el diván frente al televisor mirando un programa de tele-ventas sin sonido.

—Descuida, ellos no están aquí— lo tranquilizo el que había entrado en primer término.

Desconfiando y sin dejar de mirar a los ancianos incólumes, el que iba en la zaga entro en el modesto departamento siguiendo al que parecía tener más idea de lo que estaban haciendo.

El silencio era opresivo.

La única ventana del departamento que daba a un pequeño balcón estaba cerrada y el aire era pesado, viejo, sofocante. El gato miro a los intrusos desde el balcón y huyo por una angosta cornisa lateral.

—Veamos...— dijo el líder.

Ambos intrusos dejaron sus bolsos en el piso y el primero se puso a revisar en el contenido del suyo en silencio.

El segundo miraba al Sr. y a la Sra. Willcox y al televisor. Un tipo vestido de cocinero, sonriente y sobre maquillado probaba la resistencia de unas ollas de aluminio desde el televisor silente. Los ancianos espectadores seguían estáticos en el sillón.

—Aquí esta— dijo al fin el primero y saco un péndulo de cristal facetado de su bolso— Empecemos.

El segundo joven busco en su bolso un manojo apretado de salvia y lo encendió. Humo denso, gris, aromático. Luego comenzó a recitar una salmodia con extraños vocablos monosilábicos, al principio quedamente, pero a medida que avanzaba en su ejecución pareció cobrar más

intensidad.

El primero recorría el apto atento a los movimientos del péndulo.

Estuvieron haciendo eso una media hora.

Al llegar a la pared sur — la que daba al vacío y tres pisos más abajo a un callejón oscuro— el péndulo de cristal pareció cobrar vida en unas vueltas completas y vertiginosas para luego, quedar tieso, preso de una ominosa fuerza indicando esa misma pared.

—Es aquí— dijo el primero. La voz le tembló un poco.

El segundo joven dejo la salvia humeante en un cenicero y busco en su bolso.

El primero dejando el péndulo de lado, también busco en su bolso.

El primero tomo un carbón negro. El segundo un trozo de yeso blanco.

Comenzaron a dibujar un círculo, luego en su interior una estrella de cinco puntas, después unos extraños signos cirílicos, seguido de algunas palabras en latín. Todo esto fue realizado en el piso junto a la pared que había señalado el péndulo y acompañado todo por el recitado de oraciones de vocablos desconocidos. Encendieron sahumerios, y el recitos de oraciones cambio a una salmodia monótona, una elucubración en lenguas muertas, una sempiterna cacofonía primigenia. Jugaban con vocablos anglosajones, se sumían en un sopor hipnótico.

Luego tomaron unos puñales antiguos. Dos cada uno. Uno en cada mano.

Desde atrás de ellos los ocelos enormes les miraba. Eran irisados pero los resplandores del televisor les daban un aspecto plateado y resplandeciente. Aquello, estaba de rodillas pues la distancia entre el techo y el piso del departamento del Sr. y la Sra. Willcox, mal podía contener su estatura. Alguno de sus brazos se adelanto hacia los intrusos concentrados en rezar el final de la liturgia, pero se detuvo a centímetros. Los anzuelos eran coloidales, dorados, afilados, cientos; revoloteaban en silencio ceñidos por hilos de sombras. Como zarcillos se enroscaban y desenroscaban entusiastas. Tenía aquello, pequeños senos, un tegumento de queratina anoxico y azul, algunos engranajes, un diapasón y un sextante.

La Sra. Willcox movió imperceptible, un ojo hacia un reojo.

Los intrusos ya olían a muerto cuando los anzuelos se hendieron en sus carnes: desgarraron, desmenuzaron, hicieron de las suyas en las anatomías orgánicas. Primorosos cortes, evisceración, laceraciones, daños. Todo en silencio. Solo el gorgoteo de los órganos al caer, un sonido húmedo, burbujeante, esperanzador.

La Sra. Willcox giro la cabeza y dijo.

—Tomy, ¿dónde has estado todo este tiempo?

Pero los ocelos miraban por la ventana más allá del edificio, hacia el edificio de enfrente, donde una pareja de ancianos miraba un canal de tele-ventas.

Capítulo 2

Jane

Pensacola, 2018

La subversión de la lógica del devenir de la vida, pone en entredicho nuestra percepción de lo natural; hablo que perder un hijo violentamente, de buenas a primeras, de sopetón, de improviso, subvierte una lógica.

Generalmente somos los hijos quienes sufrimos la pérdida o la muerte de un padre o una madre, y no al revés. He aquí la subversión de la lógica.

Así las cosas, hay estadísticas (como si esto fuera importante) que revelan un alto indice de separación de las parejas que han perdido violenta y repentinamente a un hijo.

Los padres suelen tener problemas para entender por qué ocurrió lo que ocurrió, por qué le tuvo que pasar a su hijo e incluso si ellos mismos pudieron cambiar algo para que el desenlace fuera distinto. Aparece tarde o temprano, justificada o no, la culpa. Muchos padres se culpan a sí mismos pero también pueden empezar a responsabilizar a la pareja de lo ocurrido. En estos casos, la relación sufre un quiebre del que es casi imposible recuperarse.

De forma evidente, la pareja, el núcleo que los une, queda desatendido y empieza un periodo mas bien individualista, por lo cual si uno de los dos logra sobreponerse a la tragedia antes que el otro se sentirá solo, aumentando así la extrañeza, el estupor, el sentimiento de alienación dentro mismo de la pareja.

O puede ser muy distinto.

Liza Templeton dio vuelta ceremoniosamente la pagina del libro y se acomodo con el indice las gafas desde el puente de su armoniosa nariz.

En el extremo opuesto de la cama estaba su marido Clay.

Era una cama de dos plazas y media. La habían comprado de esa medida pues Jane, su hijita de cinco años, aquejada de terrores nocturnos, solía

visitarlos.

Ya no.

La cama era enorme, helada, solitaria, desde que Jane había muerto ahogada. Aquello había ocurrido hacia un año, en la playa. Clay había ido hasta un chiringuito a buscar una cajetilla de cigarros y Liza distraída en la lectura de un libro de Isabel Allende había perdido de vista a su hija.

El mar se la devolvió tres días después, azul, inflada, comida por peces, entre algas, redes, anzuelos oxidados.

Clay dejo de fumar. Liza se volvió adicta a la lectura.

Clay nunca culpo a Liza, aunque sabia que si ella hubiera prestado atención al trajín de su hija no hubiera ocurrido la tragedia.

El reproche hacia de las suyas en su mente, su alma, su corazón. Tecleo rápidamente una frase en su notebook.

En el otro extremo de la cama, Liza leía. Como siempre.

El televisor de ultima generación se encendió por si mismo en el minimalista dormitorio, respondiendo a una programación preestablecida para esa hora.

La hora en que Jane solía venir en busca de amparo ante los terrores nocturnos.

A ninguno de los dos se les habría ocurrido apagar el televisor o cambiar de canal. Ya lo haría por si mismo, en una hora.

Todo debia ser igual, identico.

Cartoon Netword. Un gato aplasto a un ratón con un enorme martillo sin ocasionarle daño alguno. Clay termino de responde un mail. Liza acabo un capitulo de Eva Luna y emprendió la lectura del siguiente.

-Tu la has matado- dijo Clay de repente, sin dejar de teclear.

El útero de Liza sufrió un espasmo. Su garganta se lleno de anzuelos oxidados, de redes, de algas. Siguió leyendo aunque las letras comenzaron a borrarse, llenarse de burbujas, de olas saladas.

-Si al menos dejaras de leer- dijo Clay cerrando su notebook.

Liza se preparo a lo que venia. Lo sabia. Debia ser asi.

Siguió leyendo en silencio, mientras trataba de reprimir las lagrimas que tentaban salir.

Clay se incorporo y con la mano siniestta le dio un bofetón al libro de Liza que salio volando hasta estrellarse contra un rincón del dormitorio; luego con un rápido movimiento salto, se enarco, se sobreposiciono, de forma frontal, encima, por sobre, posesivo, omnipotente sobre Liza y tomo su cuello con ambas manos.

El gato perseguía infructuosamente al ratón enmarcado en millones de pixeles.

-Tu la has matado!!!- Clay ahora gritaba, mientras sus manos como garras oprimían el cuello de su amada.

Las lagrimas saltaban de los ojos de Liza mientras intentaba retener el oxigeno de sus pulmones cerrando fuertemente los dientes; luego su boca se abrió en O desesperadamente; sus manos aferraban las muñecas de su amado esposo intentando deshacer infructuosamente la presa; su menudo cuerpo se sacudía bajo el peso del hombre, se meaba de puro muerta futura.

-Tu la has matado!!!- repitió Clay, mientras su saliva caía sobre el rostro cianotico de Liza.

El gato había atrapado al ratón y ahora se disponía a comerlo.

Liza quería hablar, decir lo siento; antes respirar, seguir viviendo, luego decir lo siento, decirlo mil veces, seguir viviendo, respirar, amar: a Clay, a Jane; respirar, respirar, lo siento, lo siento, lo siento; leer, tal ves no leer mas, tal vez poder dejar de leer, respirar, lo siento amor, yo solo me distraje, seguir viviendo para pagar, lo siento tanto amor mio, pero pronto, muy pronto, podría decírselo personalmente, a Jane, podría mirarla a los ojos y decirle lo siento, lo siento mucho amor.

-Tu la has matado!!!- Clay lloraba mientras sus manos apretaban el delgado cuello de Liza lleno de venas a punto de estallar. Los ojos de Liza se volvian rojos desde capilares demandantes de un oxigeno exasperantemente escaso; estaba a punto, lista, dispuesta a las deidades y a otras indagaciones metafisicas, al sepulcro, al eterno olvido, a las sombras demagogas. todo habia ocurrido como debia, ella deberia estar a salvo. Pero.

La puerta del dormitorio se abrió lentamente, dando paso a una quejumbrosa Jane; la niñita tenia los ojos llorosos, un pijama azul con delfines inopinadamente amarillos, un osito de peluche en su mano derecha y miraba a sus padres medrosa.

Dijo:

-¿Por… por que…. Por que pelean?- y comenzó a acercarse a la cama de plaza y media, lentamente.

Clay soltó el cuello de Liza con un suspiro de alivio. Luego, espero a que su amada recuperara el aliento y la beso en la boca.

-Liza, debemos de dejar de hacer esto- dijo y agrego – Alguna noche fallara.

Liza tosió y aspiro profundamente hasta recuperar el aliento.

-Dejate de tonterías Clay- su voz sonaba áspera a causa del estrangulamiento.

Luego, miro a su hija muerta y le sonrio.

Capítulo 3

Abracadabra

Temptress: Ojos negros, piel pálida, cabello largo, negro, recogido en una coleta, labios: rojos, cuero, latex, esposas, fusta, mimbre, cadenas, ganchos.

El senador republicano por el estado de Utah, Sr. Ernest Evans, hizo click sobre el dossier virtual.

Muy bien. Fotos. Menuda. Tetas pequeñas en cuero brillante. Buen trasero. Mazmorra.

Un nuevo click lo llevo al formulario digital innominado. Comenzó a rellenarlo.

Alias: Dummy Edad: 52 Enfermedades cardiacas? No.
Alergias? No. Fumador? Si

Bebedor? Social Drogas: No.

En el apartado Preferencias/Limites, se detuvo un buen rato: Era su primera vez. Iría de a poco.

Anonimato absoluto. Azotes (sin marcas permanentes). Humillación psicológica y física, ataduras, tortura genital; urolofilia, si. Coprofagacia, no.

Palabra de seguridad: ABRACADABRA.

Dio click.

Citas disponibles: Miércoles 19 hs.

El senador consulto su agenda. Podría correr algunos compromisos sin problemas.

Nuevo click y acepto la cita.

Contrato de aceptación de términos y condiciones: Firma digital. Forma de pago: Tarjeta personal convenientemente camuflada y anónima.

Un miércoles, dos años después, el senador republicano por el estado de Utah, Sr. Ernest Evans, miro el reloj impaciente: las 15:54.

Aun tenía varios asuntos entre manos que resolver y sabía que Temptress, era intolerante con la impuntualidad.

Un escalofrió le recorrió su escroto y le dio algo de un placer ambiguo.

Llamo a su secretaria por intercomunicador y le ladro tres órdenes; del otro lado de la línea (la secretaria) respondió tartamudeando de nerviosidad.

Eso lo excito más. El poder.

Hacia las 16:15 tenía todos sus compromisos resueltos o aplazados.

Sonrió. El poder.

Bajo al estacionamiento del Capitolio y se subió, tarareando una antigua canción country de Dolly Parthon, a su Jeep Patroit negro (su automóvil de los miércoles).

Condujo hasta Georgetown, hasta llegar al 4600 Kenmore Dr NW. Una coqueta casita de ladrillos vistos, estilo colonial tardío con dos leones negros franqueando el dintel y una puerta amarilla. Vidrios espejados. Impecable. Impersonal. Como todos los miercoles desde hacia dos años.

El senador republicano por el estado de Utah, Sr. Ernest Evans, estaba especialmente impaciente.

Temptress le habia prometido una sorpresa en recompensa a su buen comportamiento en el ultimo mes. ¿Tal vez le dejaría adoctrinar a algún nuevo siervo?, ¿tal vez podría besarla?, ¿tal vez le permitiría hablar?, ¿lo aliviaría Ella con sus manos en lugar de con sus tacones aguja?. Todas estas alternativas le provocaban una erección instantánea, pero con Temptress no había pronostico posible.

Bajo del jeep, acomodo su corbata y se dirigió hacia la puerta amarilla.

Saco una tarjeta digital de su billetera y la paso por un verificador de

identidad. La puerta se abrió. Música clásica. Opera. Soledad.

Cruzo un pasillo a la manera de recibidor y abrió una puerta a la izquierda. Casilleros. Dummy.

Se desnudo completamente. Se puso un collar de perro negro, un escueto enterizo de cuero ajustado, tachas, correas, hebillas, que dejaban expuestos sus glúteos y genitales.

Salió descalzo de la habitación. Debajo del vano de la escalera que subía a la inexplorada planta alta, estaba la puerta de entrada al sótano. Escaleras. Mazmorra.

El senador republicano por el estado de Utah, Sr. Ernest Evans, tremía. Tres golpes suaves en la puerta. Espera. Espera. La puerta se abrió con un suspiro.

-Llegas temprano- la voz de Temptress, impersonal, fría.

Por supuesto sabía que no podía responder, menos aun mirarla. Adoquines, fríos, grises.

-Supongo que demasiada expectativa por… la sorpresa- dijo y sentencio -Demasiada expectativa, frustración prometida-

Levanto la vista y la vio.

Estaba enfundada completamente en latex negro, rutilante, opresivo, ceñido; sus nalgas brillaban; su pelo atado en dos coletas. Tacos aguja. Estaba de espaldas. Preparaba el equipo. Pasaba alcohol a sus fustas.

-A la cruz- le dijo y Evans gimió.

Se erectaba, caminaba hacia la cruz San Andrés, *por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa*; su corazón (el de Evans) comenzó a latir apresuradamente; anticipaba el placer en su piel desde un dolor esperado; caminaba lentamente; sentía los tacones de Ella contra el adoquinado de la mazmorra; se sintió niño, debía ser castigado: su secretaria, sus amantes, sus subalternos, sus representados estafados, mucho castigo, eso es, mucho castigo en su culo gordo y blanco; glándulas salivales generaban una babaza espesa en su boca (la de Evans).

Ella lo ato fuertemente. Primero de las muñecas: cada vuelta de cuerda ajustando sus muñecas era un dolor/placer.

Luego los tobillos y así hasta que le tuvo firmemente adherido a la cruz.

Ella, se dio la vuelta y se encamino a la mesa de instrumentos; culo resplandeciente, piernas lustrosas, tacos repiqueteantes.

Cogio una larga fusta, negra trenzada en cuero, flamante reluciente; el (Evans) llego a su máxima erectacion. A punto.

Ella comenzó a caminar lentamente hacia el, con una sonrisa maligna dibujada en sus labios/sangre, pero, pero, pero un tacon se metió en la juntura de dos adoquines, Ella, trastabillo; el tacon quebrado, Ella de lado, derrapaba, desparramada, decubito dorsal, ridicula, sin gemidos.

¿El? pues, Evans rio, rio descaradamente, mientras Ella (Temptress) se desmenuzaba, se convertía en pequeñas cosas negras, millares de cosas negras; octópodos, millones de pequeños octópodos con ocelos diminutos, negros, resplandecientes.

El dejo de reir. Los octópodos tenían anzuelos en los extremos de sus patas, algunas luces en sus ventrículos, maldad en sus tractos intestinales, actitud entusiasta; se acercaban rápidamente a el.

El senador republicano por el estado de Utah, Sr. Ernest Evans, verifico que aquello si, era una verdadera sorpresa. Comenzaron a devorar sus pies. Aterrado grito:

-Abracadabra!-